

*Un Paso Hacia Adelante***El Peronismo sin Perón**

POR ABELARDO VILLEGAS

**E**N varias ocasiones hemos insistido en que uno de los elementos que frenaron el desarrollo del peronismo fue el de su acentuado caudillismo. Perón siempre se hizo aparecer a sí mismo como la figura indispensable, providencial, diríamos usando una palabra del siglo XIX. En ese sentido se parecía mucho a su colega brasileño Getulio Vargas. Ambos hicieron depender directamente de sí todos los elementos de progreso que aportaban sus respectivos movimientos. Ahora que está de moda hacer una comparación entre ambos políticos sudamericanos con Lázaro Cárdenas y aplicarles a los tres el adjetivo de populistas, también es necesario establecer sus diferencias. Los tres se empeñaron en hacer del Estado un elemento equilibrador para lograr un más justo reparto de la riqueza, sin que ello implicara la desaparición de la propiedad privada del capital; para apoyar esta política, los tres se propusieron la nacionalización de algunas de las industrias básicas; se propusieron también organizar a la clase obrera para que sirviera de firme apoyo a su política y contrapesara sobre todo la influencia de los militares.

Pero aquí terminan las analogías. Aunque Vargas y Perón comprendieron que la política de los grandes hacendados retrasaba en buena medida la industrialización de sus respectivos países, no se decidieron a emprender ningún tipo de reforma agraria. En cambio, la emprendida por Cárdenas fue la primera de América Latina. Y aún más, Cárdenas no se apoyó tanto en los obreros como en el campesinado que se constituyó en su base más fuerte de sustentación.

Ninguno de los tres fue socialista. A pesar de su acendrado obrerismo, ni Vargas ni Perón permitieron las huelgas mientras estuvieron en la jefatura del Estado, sosteniendo que al garantizarse los derechos laborales, la lucha de clases debía substituirse por la armonía social. Cárdenas, en cambio, sostuvo la necesidad de la lucha de clases, pero no para arribar al socialismo, sino para obtener un más equitativo reparto de la riqueza.

Y por último, mientras Vargas y Perón no renunciaron jamás a encarnar la figura del caudillo necesario y providencial, Cárdenas hizo un esfuerzo para institucionalizar la política, reorganizó el PRM por el sistema de sectores e integró la maquinaria estatal y económica más o menos como funciona hoy. Renunció al caudillismo, al maximatismo como diríamos en México, en la medida en que esto es

posible en una sociedad que ha sido paternalista desde su creación.

★

**E**L año pasado cuando tuve oportunidad de visitar Buenos Aires, me encontré con una sociedad nostálgica de Perón. Su retrato proliferaba en todas partes. Se le representaba montado a caballo o con Isabel —nombre de teatro de María Estela Perón— vestido de uniforme, pero con un rostro envejecido y enfermo, sosteniendo un bastón que sólo después se enteraba el extranjero despistado que se trataba del bastón de mando. La Presidenta, de luto, parecía temer más que a cualquier otra cosa, a un levantamiento militar. Y se ensalzaba en todos los tonos las virtudes de las instituciones democráticas. La pregunta parecía formularse en todos los rostros: ¿qué vamos a hacer sin Perón?

En poco menos de un año se hizo patente para el exterior la diáspora peronista que en los últimos meses de su vida no pudo evitar el caudillo. María Estela Perón, en la Presidencia, se rodeó de un núcleo derechista visiblemente dirigido por José López Rega, su secretario privado y ex ministro de Bienestar Social. Personaje siniestro por sus antecedentes policíacos y aun por sus supersticiones astrológicas que parecen ser comunes a todas las figuras prominentes del fascismo, dirigió una violenta campaña no sólo contra la guerrilla socialista y peronista sino contra muchos personajes progresistas de la vida pública argentina. Al parecer se sirvió de un grupo de pandilleros denominado la Triple A para asesinarlos o para obligarlos al destierro. El clima de terrorismo suscitado por los hechos de violencia pareció que daría lugar a un pinochetazo, pero no desde el ejército sino desde el mismo gobierno.

★

**L**OS acontecimientos se han precipitado en los últimos días. Rebasando los intentos de transacción de sus líderes, los obreros de la Confederación General del Trabajo (CGT) se lanzaron a una huelga general que paralizó al país como en los mejores días del peronismo. Sus exigencias eran de orden económico y políticas. Estas segundas consistían principalmente en obligar a la renuncia de López Rega. Los militares, por su parte, también actuaron en forma inusitada: se negaron a recibir el movimiento obrero y también exigieron la renuncia del repudiado ministro. El Senado, acéfalo decidió elegir su

presidente que por ley sustituye al Presidente de la República cuando éste falta, cerrándole esa vía a Raúl Lastiri, yerno de López Rega y presidente de la Cámara de Diputados. Y, en fin, el viejo Partido Radical, segundo en orden de importancia en la Argentina, se unió a las demandas de los otros sectores.

Así, la Presidenta y su hombre de confianza tuvieron la virtud de unir el peronismo y al país entero, pero en su contra. Ahora las poderosas fuerzas obreras argentinas ya saben que pueden actuar sin el viejo caudillo. Deben saber ya que

su poder proviene del papel social que desempeñan y no de la magia carismática de un caudillo providencial. El peronismo sin Perón se percata de que es tan fuerte como antes y de que la vida de una nación no se puede identificar con la vida de una persona.

La renuncia de López Rega es sólo el capítulo de una lucha más amplia. La Presidenta ha mezclado a sus ministros como fichas de dominó, pero todos están allí todavía. López Rega, mezcla de Rasputín y Eminencia Gris tendrá que ser eliminado con todo lo que representa, para que Argentina pueda salvarse del caos.